

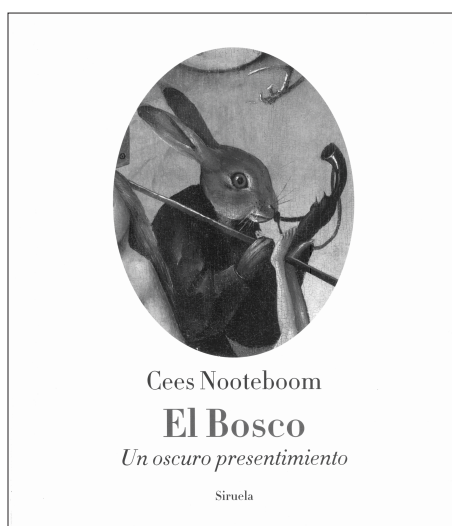
Zonas de alteridad

El Bosco: 500 años

Mauricio Molina

De Jheronimus Jacobus van Aken, posteriormente conocido como Jheronimus Bosch, sus biógrafos saben muy poco. Nada relevante salvo el origen de su apellido —Aeken—, nombre antiguo de lo que después fue Aquisgrán y hoy se llama Achen y que antiguamente fue Aix-la-Chapelle, en cuya catedral se encuentra la tumba de Carlomagno. Ciudad antigua, carolingia, holandesa y hoy alemana, Achen fue un centro comercial y cultural desde sus orígenes célticos pasando por los romanos y los diversos imperios germánicos. En nuestros días la catedral de Achen es una de las más hermosas muestras del sincretismo arquitectónico medieval. Todo este rodeo es para destacar el telón de fondo donde creció el enigmático pintor flamenco. Nacido hacia 1450 y muerto en 1516, hace medio milenio; casado con la hija de un rico comerciante; un viaje a Venecia; su pertenencia a la Ilustre Hermandad de los de Nuestra Señora, una cofradía dedicada a la veneración mariana, etcétera. Todos estos rasgos hacen del artista uno de esos enigmas que llaman a la especulación, la fábula, la hipótesis, la ficción.

En su reciente libro *El Bosco. Un oscuro presentimiento*, el escritor holandés Cees Nooteboom escribe: “¿Cuándo se desprenden los cuadros de su pintor?”. La desaparición del artista tras de su obra es un tema recurrente en la obra del autor holandés. Ya en su novela *La historia siguiente* describe la historia de una desaparición, de una transmigración: un profesor de filosofía despierta en Lisboa después de que el día anterior estuvo en Ámsterdam. Más allá de las semejanzas entre el ensayo sobre El Bosco y su novela, Nooteboom se sumerge en un enigma interesante: el de la identidad del pintor y la leve huella que



incluso los grandes artistas dejan tras de sí más allá de sus obras. El ensayo de Nooteboom entabla un breve diálogo con su novela en el capítulo segundo, cuando arriba a Lisboa para contemplar *Las tentaciones de San Antonio* en el Museu Nacional de Arte Antiga. Tuve la fortuna de admirar esta pintura en la capital de Portugal y puedo decir que se trata de una de las más fascinantes del artista flamenco. La rica imaginación medieval, peces que vuelan, extraños pájaros parecidos a ovnis flotando en el cielo, la narrativa del cuadro, las diversas tentaciones —la mujer, la riqueza, los manjares— plasmados en un conjunto abigarrado y alucinante. Al fondo se aprecia una ciudad en llamas (¿Sodoma, Gomorra, el incendio que presenció a los trece años, según se dice, en Herteborsh, la ciudad en la que vivió desde pequeño y de la que tomó su nuevo aire artístico?).

Si bien el libro de Nooteboom no pretende aportar mayores elementos al enigma de su personaje, sí nos permite pensar con el autor algunos elementos de la obra visionaria de El Bosco. ¿Qué significan

esas imágenes para una generación que ya no se educó leyendo la *Biblia*, después del Holocausto, después del siglo xx, en plena era de la realidad virtual y de los filmes con efectos especiales? Porque incluso quienes crecimos con la lectura de la *Biblia* y nos hemos adentrado en las discusiones bíblicas necesitamos una brújula, una suerte de piedra Rosetta que nos permita comprender el complejo galimatías de pinturas como *El carro de heno* o el monumental *Jardín de las delicias*. Es casi seguro que Dante, lectura muy difundida en su tiempo, formara parte de los basamentos de la obra pictórica del artista flamenco, pero no es suficiente. La imaginación de El Bosco es demasiado abigarrada y exuberante. No hay tratado teológico que nos permita entender a esos seres convertidos en huevos, las fantasías florales, los frutos que recuerdan al Nuevo Mundo (del que El Bosco debe haber escuchado relatos de primera o de segunda o de tercera mano). En las *Tentaciones* hay una perfecta representación de un tomate habitado por extraños personajes.

Visto desde el presente resulta relevante recordar a Lautréamont, a simbolistas como Odilon Redon, a Tanguy, Bellmer o Dalí, al surrealismo o las exploraciones del subconsciente. Sin embargo, como apunta Nooteboom, nos quedamos con un “oscuro presentimiento” un poco en la orilla de ese universo cargado de imágenes oníricas, perturbadoras, cómicas, ridículas, visionarias.

En su tratado sobre lo grotesco, el estudioso alemán Wolfgang Kayser destaca la desfiguración como principio estético, lo mismo Mijail Bajtin con su estudio de las imágenes medievales en que ocurre una inversión de lo alto y lo bajo. Gracias a ellos

vislumbramos todas esas fantasías anales: la monja convertida en cerda, la lujuria de la tortura. Nooteboom refiere algunas interpretaciones críticas donde esos seres pájaro, esos tullidos, eran objeto de burla de El Bosco. Interpretación, me parece, un poco fácil, como el mismo autor de *La historia siguiente* comenta. Kayser y Bajtin son más interesantes, lo mismo podríamos añadir a Johan Huizinga —otro notable holandés—, autor de libros excepcionales: *El otoño de la Edad Media* y *Homo Ludens*. Huizinga estudia en su libro sobre el medievo a los flamencos primitivos y el amor cortés, en una Europa cuyo imaginario colectivo estaba exaltado. En *Homo Ludens*, por su parte, Huizinga establece una antropología del juego que más tarde seguirá Roger Caillois.

En la inversión de lo bajo y lo alto de Bajtin, con ayuda de la exploración de lo grotesco de Kayser y merced a la noción de juego de Huizinga, podemos acaso encontrar una aproximación plausible a las imágenes de El Bosco, sin quitarles su poderosa aura de misterio y asombro. Evidentemente los bestiarios y los libros iluminados medievales, esas imágenes a menudo eróticas o terribles dictadas por el demonio del mediodía al decir de Giorgio Agamben, también se encuentran en la base de la obra de El Bosco.

Especial mención merece la epidemia milenarista que invadió el periodo, tal y como lo muestra el historiador Norman Cohn en su prodigioso libro *En pos del milenio*. Hay que recordar que El Bosco es contemporáneo del surgimiento de Martín Lutero y del protestantismo y, con ello, de las revueltas iconoclastas en las regiones germánicas y los Países Bajos. ¿Habría sido testigo de las quemazones de imágenes realizadas por los protestantes? ¿La constante del fuego en su obra será parte de ese temor que atañía en esencia a su propio oficio de pintor?

Otro trasunto puede encontrarse en las torturas inquisitoriales. Esos tullidos y mutilados que aparecen salpicados aquí y allá en la obra de El Bosco pueden referirse a las víctimas de la Santa Inquisición. Ese hombre que es un huevo roto del que salen ramas puede simbolizar el alma rota de un condenado. ¿Y qué decir del cuchillo partiendo unas orejas de *El jardín de las delicias*?

Hay una serie de imágenes muy significativas en algunas pinturas de El Bosco que recuerdan otras herméticas y extrañas. En *El jardín de las delicias*, en el panel central, abundan las presencias femeninas dentro de flores o saliendo de plantas. Hay por ahí parejas dentro de burbujas florales, mujeres bailando en plantas, rodeados de ani-

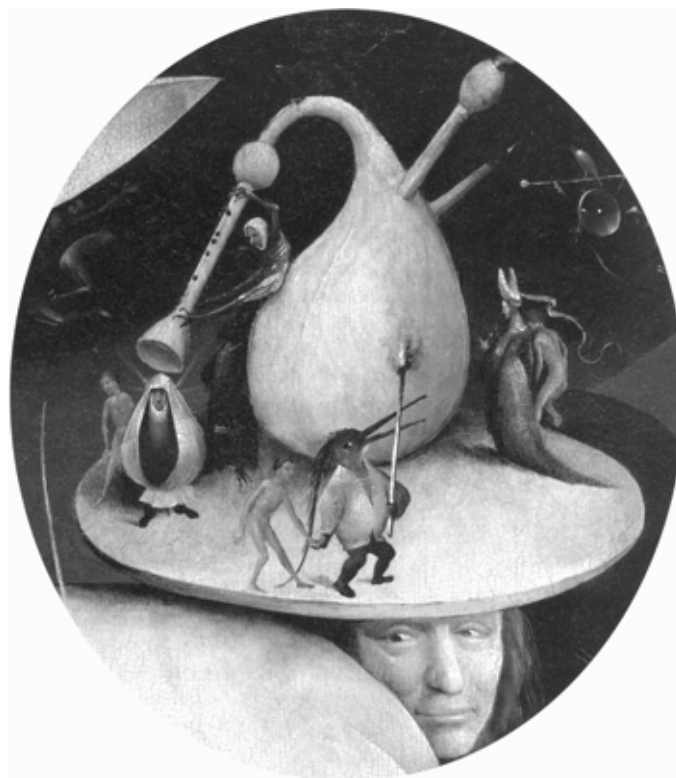
males fantásticos, preadánicos. Esas imágenes recuerdan al *Códice Voynich*, el misterioso manuscrito indescifrable que se guarda en la Universidad de Yale y que ha sido datado entre el siglo xv y el xvi, la misma época en que vivió El Bosco. En esta misma columna escribí sobre el *Voynich*. Como sabemos, las ilustraciones de ese manuscrito contienen dibujos de mujeres nadando en plantas, saliendo también de flores. Sólo la maestría del trazo de El Bosco se diferencia de los dibujos del *Voynich*. ¿Habría El Bosco tenido entre sus manos el *Voynich*? La pregunta es relevante dado el hermetismo tanto del manuscrito como de la pintura del artista flamenco. Tema para la investigación o para la fabulación. El lector decida.

A 500 años de su muerte, El Bosco sigue siendo uno de los pintores más sorprendentes de la historia del arte. En Madrid se ha organizado una magna exposición para celebrarlo, reuniendo la obra dispersa, al tiempo que se prepara un documental con la participación de figuras como Salman Rushdie, Cees Nooteboom, Orhan Pamuk, Nélida Piñon, entre otros. Esperemos verlo pronto en nuestro país. **U**

Cees Nooteboom, *El Bosco. Un oscuro presentimiento*, traducción de Isabel-Clara Lorda Vidal, Siruela, Madrid, 2016, 80 pp.



El Bosco, *El carro de heno*, panel central



El Bosco, *El jardín de las delicias*, detalle del panel derecho